

En la ternura hay un barrunto de esperanza

I

La ternura es un fenómeno muy particular de la vida humana. Se sitúa en el centro de la vida afectiva, pero transforma la índole toda de la existencia. Tal vez porque la esfera afectiva es la que mejor representa lo que son los hombres: lo que buscan, lo que aman, lo que anhelan. Si esto es así, la ternura entonces cumple un papel relevante en la constitución y en la consecución de todos estos objetivos. Sin ternura, a lo mejor no sería posible realizar una existencia genuinamente “humana”.

La ternura no es propiamente un sentimiento. No se la halla al lado de otros afectos, como la alegría y la tristeza, el amor y el odio, el entusiasmo y la indignación, aunque suele vincularse más con unos que con otros por su carácter claramente positivo. Ciertamente, más con la alegría, el amor y el entusiasmo que con la tristeza, el odio y la indignación. La ternura es más un “rasgo” que distingue a estos afectos, una “cualidad” que los adorna sobremanera. Hace de todos estos afectos, afectos “tiernos”. Por ejemplo, siempre será posible amar a otra persona, pero cosa muy distinta es poder amarla “con ternura”. Un amor tierno es un amor auténtico, pero es un amor en estado sublimado; y, en ese sentido, no se identifica con un amor simple y llano. Algo semejante puede decirse con relación a la alegría y al entusiasmo. Se habla, por eso, de la tierna alegría de un niño, del entusiasmo tierno de una novia. La ternura, pues, transfigura de modo muy particular los afectos positivos.

¿Pero qué otorga la ternura a los afectos positivos? ¿En qué, propiamente, los transforma? En algo muy sencillo pero, a la vez, fundamental: les da “delicadeza”, les concede “finura”, los hace todavía más “tenues”. Comparables tan sólo a la sutileza de una brisa, la suavidad de una pluma de ave, la pulida superficie de una burbuja, la blandura de un musgo boscoso, la fluida textura de una corriente de

agua. Al mismo tiempo, los colma de una “calidez” sobrecogedora, como un rayo de sol al despuntar el alba, una chimenea encendida dentro de una casa, que son más perceptibles cuando alrededor se hace presente el frío del invierno, secundado por la oscuridad impenetrable de la noche.

Pero tal vez la importancia de la ternura no esté vinculada con los afectos positivos como tales, sino con la fuente misma de donde todos ellos surgen: el corazón del hombre. Esto se aprecia mejor si las ideas se enuncian en forma negativa. La ternura contribuye para que el corazón del hombre no se “endurezca”, para que el corazón del hombre no se vuelva “frío”. Cada vez que un hombre accede a la ternura, su corazón se ablanda; cada vez que un hombre se abre a la ternura, su corazón se inflama. Por un lado, se allanan sus aristas, se liman sus asperezas; por otro lado, empieza a derretirse, comienza a deshielarse. Por esa razón, los afectos positivos se vuelven cada vez más delicados, al tiempo en que también se hacen más cálidos.

Quizá la palabra que mejor define en qué consiste la profunda transformación de los afectos positivos por virtud de la ternura sea “caricia”.

En tanto caricia, la ternura desplaza los afectos positivos de la interioridad del hombre a la exterioridad de su cuerpo. O mejor dicho, hace del cuerpo del hombre el órgano “expresivo” de los afectos positivos que habitan en la interioridad de su ser. La ternura conecta el corazón con los ojos y la boca, con los brazos y las manos; pero, al hacerlo, lo que consigue es exaltar la unidad sustancial del hombre. Es la totalidad del hombre la que mira y besa, la que acoge y toca con ternura. No hay nada de sí mismo que se sustraiga de esa mirada, que se retraiga de ese beso, que se excluya de ese abrazo, que se reserve en esas manos. Antes bien, sale de su escondimiento, se expone a la luz del día. Pero si bien hace de los afectos positivos un asunto público, por otro lado reviste de intimidad el entorno humano.

El conjunto de todos estos datos revela otro aspecto central de la ternura: su condición de “postura” humana. Postura es la forma como un hombre se sitúa frente a algo, es el modo como se posiciona delante de otra cosa. En cierto sentido, la ternura revela una voluntad muy honda del hombre: el compromiso de ser para otra

cosa un cúmulo de afectos positivos delicados, a la vez que cálidos; la disposición para relacionarse con algo bajo la modalidad especial, única y excepcional de la caricia. La ternura puede ser asunto de un momento, en virtud de una circunstancia; pero también puede ser una práctica habitual del hombre, que trasciende los momentos y las circunstancias; por eso es una “postura”. Es en este sentido que se habla de hombres “tiernos”, que no hace tanto referencia a hombres más sensibles, sino a hombres más comprometidos.

Con todo, el sentido y la importancia de esta postura se hace más palpable cuando se mira a las cosas a las que se dirige la ternura, pues hasta ahora sólo se ha hablado de los hombres que experimentan la ternura. Esto es, hace falta ver con detenimiento el lado objetivo de la ternura para comprender mejor lo que sucede en el lado subjetivo de la ternura.

No cualquier cosa del mundo inspira en el hombre la ternura; es indispensable que en ella se conjuguen al menos tres factores que llaman poderosamente la atención del hombre: por un lado, un valor elevado y exquisito (como la vida, la sensibilidad o la conciencia); por el otro, un ser que asume en sí mismo ese valor con simplicidad e inocencia, esto es, sin vanagloria (como una planta, un animal, otra persona). Pero lo que propiamente suscita la ternura es otra cosa; a saber: que ese ser está indefenso y es vulnerable, y que eso propicia que su excelso valor esté amenazado (es decir, se encuentre en riesgo). En virtud de esto último, la ternura se desliza por dos caminos diferentes, aunque necesarios: o mueve al hombre hacia un respeto reverente o llama al hombre a una vigilancia solícita. En ambos casos, se trata de una actitud definida y, sobre todo, decidida. La ternura es, por su naturaleza misma, protectora: salvaguarda con gestos de respeto o salvaguarda con actos de cuidado.

Esto no puede saberse de antemano, mirando tan solo al hombre que experimenta la ternura. Únicamente considerando las cosas que inspiran la ternura puede saberse su sentido verdadero y, por lo tanto, caer en la cuenta de su importancia. Ante una planta que al fin nace, florece o fructifica después de una sequía o de un árbol añoso que de nuevo reverdece, brota la ternura. Ante un animal recién nacido, que intenta incorporarse del suelo o comienza a caminar a paso vacilante u

otro animal que se abalanza a las ubres de su madre o se hunde en los tibios huecos de su pelaje apenas sale de su cuerpo, surge la ternura. Ante un bebé que duerme más que confiado en los brazos de su madre, un niño con una dispacidad ingénita que lo vuelve para siempre desvalido, un adulto que se recupera de la penosa enfermedad que casi lo ha consumido o un anciano que llora de alegría a la vista de visitas no esperadas aunque deseadas, aflora la ternura.

En la ternura se sella el pacto que hermana al mundo con el hombre y que compromete al hombre con el mundo. Por un lado, las cosas del mundo encuentran en el corazón del hombre el santuario que custodia su misterio o abraza su miseria; por otro lado, el corazón del hombre se entrega al mundo, a través de sus diversos afectos positivos, incluso hasta la incomprensión o el sacrificio. La ternura derrumba los muros de la extrañeza y, en otros respectos, consigue lo imposible: reconcilia. Por eso, no se puede hablar de ella sin suspirar de anhelo.

II

El pasado 24 de mayo del presente año, México alcanzó la impresionante cifra de 156,136 homicidios en lo que va del actual gobierno, al que todavía le falta para concluir un año entero. Ese día, se superó la marca con que había cerrado el gobierno del anterior sexenio, que fue de 156,066 asesinatos y se abrió aun más la brecha con el otro gobierno precedente, cuyo sexenio siempre se ha considerado el más violento y sanguinario, no obstante la discrepancia con los números: 120,463 muertos. A partir de esa fecha, todos los datos al respecto serán un nuevo récord, cuyo final es impredecible.

Por desgracia, los homicidios no son el único dato negativo para el actual gobierno; también el número de personas desaparecidas va en aumento a un ritmo preocupante: está cada vez más cerca de llegar a los 40,000 individuos en este año y se encamina a superar los 52,948 desaparecidos con los que concluyó el sexenio anterior. En suma, en México mueren en promedio 90 personas al día y desaparecen alrededor de unas 28.

Por supuesto, todo esto no son más que fríos números y secas estadísticas. Lo que en el fondo inquieta no son las cifras, sino lo que

tras ellas se oculta: el dolor y la desesperación, la impotencia y la rabia de miles de ciudadanos. Con la muerte de una persona concluye una vida; pero con ella, también una historia, un plexo de relaciones, un cúmulo de proyectos, un destino. Se esfuma un rostro que interpela, que llama a dar respuestas, a ponerse en juego a sí mismo sin ambages y además sin máscaras. Con la desaparición de una persona se abre un vacío inmenso, su ausencia cala hasta los huesos, el alma experimenta el desamparo, se vive con una zozobra permanente, que quita para siempre el sueño. En ambas cosas, se hace perceptible la oscuridad de la noche, la inclemencia del frío, la crueldad del silencio, la inmensidad del mundo.

Más allá de las estrategias nacionales de seguridad, que resultan ser cada vez más ineficaces porque se diluyen entre tanta verbosidad propagandística de las autoridades civiles, militares y políticas en turno, es imposible no preguntarse con humildad y con franqueza: ¿qué más hay que hacer para que estas muertes no sucedan?, ¿de dónde hay que partir para que estas desapariciones no se repitan?, ¿en qué hay que convertirse para poner las bases de una patria nueva? La respuesta es una sola, aunque modulada de forma distinta por la urgencia de cada pregunta. Es una respuesta disparatada, no por absurda, sino por inusitada. Pero, bien mirada, es más acorde a nuestras posibilidades humanas, porque lo que resalta es precisamente lo que ahora falta: humanidad.

Es la ternura.

III

La ternura es una cosa muy pequeña, casi insignificante, frente a la inmensidad de los problemas. Pero cuando aparece en el escenario de la vida, deja a cambio su tesoro máspreciado: una semilla de esperanza. La belleza de la ternura está precisamente en eso, además de todo lo que ya se ha mencionado. La ternura es esperanza; cuando se planta su semilla en medio de los hombres con el tiempo despunta, crece y se fortalece, hasta alcanzar las dimensiones descomunales de los árboles milenarios.

Como dice el poeta francés Charles Péguy, con palabras llenas a un tiempo de profundidad y de belleza:

La esperanza no es más que esa pequeña promesa de brote que se anuncia justo a principios de abril.

Cuando ves el árbol, cuando miras el roble, esta dura corteza del roble de trece, catorce y dieciocho siglos de antigüedad; y que será secular y centenario por los siglos de los siglos. Esta dura corteza rugosa y esas ramas que son como un revoltijo de brazos enormes [...]; y esas raíces que se hunden y se aferran a la tierra como un revoltijo de piernas enormes [...]. Cuando ves tanta fuerza y tanta rudeza, el pequeño brote tierno ya no parece nada. Es él quien parece un parásito del árbol, quien parece comer en la mesa del árbol. Como un muérdago, como un champiñón.

Es él quien parece alimentarse del árbol, [...] es él quien parece apoyarse en el árbol, salir del árbol, no poder ser nada, no poder existir sin el árbol. Y, de hecho, hoy sale del árbol, de las axilas de las ramas, de las axilas de las hojas, y ya no puede existir sin el árbol.

Pero es al contrario: es de él de donde todo procede. Sin un brote que alguna vez surgió, el árbol no existiría. Sin estos miles de brotes, que surgen justo a principios de abril, o tal vez en los últimos días de marzo, nada duraría, el árbol no duraría, no ocuparía su puesto de árbol, [...] sin esa savia que sube y llora en el mes de mayo, sin esos miles de brotes que despuntan tiernamente en las axilas de esas ramas duras.

[...] Toda vida procede de la ternura. Toda vida procede de este tierno, de este fino brote de abril, y de esta savia que llora en mayo, y de la guata y del algodón de este fino brote blanco que se viste, que se abriga cálida y tiernamente por un copo, por un vellón de lana vegetal, de una lana de árbol. Pero en ese copo algodonoso está el secreto de toda vida. [...]

Sin ese brote que parece nada, que tiene cara de ser muy poca cosa, todo eso no sería más que leña muerta. Y la leña muerta será arrojada al fuego.¹

¹ *Le mystère des saints innocents*, Émile Paul Éditeur, Paris, 1912, pp. 20-22. Traducción propia, un tanto libre.



Este número de *Open Insight* contiene seis Estudios.

De España, Acosta Calvo analiza con detenimiento tres concepciones actuales sobre la evolución y la transmisión de la cultura: la memética, el enfoque estándar evolutivo y la epidemiología de las evoluciones. El autor considera que todas ellas comparten una concepción común de la cultura que llama “visión itémica”, donde la cultura es una colección de ítems que se encuentran en el cerebro humano y se transmiten a otras generaciones por medios no genéticos.

De Chile, Cordero Bécker repasa las lecturas habituales del pensamiento de Adam Smith que consideran que su ética es relativista, al estar basadas sobre emociones particulares y mudables, incapaces, por tanto, de proponer una ética universal y transcultural. La autora sostiene que en la ética de Adam Smith pueden encontrarse elementos de una ética universal y transcultural al reconocer que en la naturaleza psicológica de los hombres pueden hallarse estructuras formales de juicio ético que trascienden el relativismo. Por su parte, Paredes Díaz aborda algunas de las concepciones educativas de Averroes, que se encuentran sobre todo en su *Gran Comentario* al *De anima* de Aristóteles. Sobre el trasfondo de la vieja discusión sobre la unidad del intelecto, propiciada por Alejandro de Afrodisia y Temistio en sus lecturas de la obra aristotélica en el mundo medieval, el autor encuentra algunas luces sobre el origen y la transmisión del conocimiento, centrales en la relación educativa.

De México, Hurtado Domínguez y Galindo Cruz recogen las aportaciones platónicas sobre el ser y los tipos de ser para aproximarse a una de las nuevas realidades propiciadas por el mundo moderno: la empresa de negocios. El esfuerzo de los autores es responder las preguntas propiciadas por esta nueva realidad ontológica de manera análoga a como lo haría en pensador griego: qué es, en qué consiste, de qué se trata. Montanari, por su parte, explora con detenimiento las llamadas “concepciones conspirativas” —tan de moda en los tiempos actuales de las redes sociales, pero tan antiguas como

el hombre mismo— para identificar sus principales rasgos y motivaciones, sobreponiéndose de esta manera al rechazo a priori y los juicios estigmatizadores. Su estudio de estas concepciones se hace a la luz de las llamadas “creencias conceptuales generales”, que se distinguen, entre otras cosas, por propiciar una comunicación sesgada, tendencialmente deshonesto, tan queridas por los extremismos políticos y los fundamentalismos religiosos, además de otros sistemas excéntricos de creencias.

Finalmente, en una colaboración chileno-mexicana, Gallardo Macip y Anchondo Pavón ofrecen un análisis crítico de las posturas transhumanistas, centradas en la moldeabilidad de la naturaleza humana y las posibilidades de los actuales desarrollos tecnológicos, pero desde el punto de vista educativo. En opinión de las autoras, aunque la visión transhumanista se presenta como innovadora y llena de múltiples beneficios, no puede escapar a una concepción capacitista e instrumental de las personas, porque su punto de partida es científicista y tecnocrático. Esto se aprecia con mayor claridad cuando se confrontan estos planteamientos con la concepción clásica de educación, que es de corte humanista.

Ramón Díaz Olguín
Centro de Investigación Social Avanzada
Querétaro, Querétaro
Septiembre de 2023